

Prólogo

En su libro *“Breaking through to teens”*, el psicólogo Ron Taffel¹, un reconocido experto en la adolescencia, hablaba de dos grandes dificultades a las que se enfrentan aquellos especialistas de la Psicología y de la Educación que se dedican a ayudar a los padres. Por un lado, señalaba el escepticismo de algunas personas como resultado de la participación de los profesionales en tantos bandazos (o modas) en las ideas sobre cómo criar a nuestros hijos. Recapitulando las tendencias que hemos vivido en los últimos 50 años, encontramos momentos en los que se ha subrayado la necesidad de escuchar y entender a los niños, frente a otros en los que se ha demandado dureza y disciplina en su educación; por temporadas ha primado el reforzar la autoestima de los hijos (a través del elogio y el refuerzo o reduciendo las exigencias sobre ellos), mientras que, en otros momentos, se ha defendido una vuelta a los valores educativos tradicionales (obediencia, autoridad, compromiso...); finalmente, en los últimos años ha irrumpido el entender el comportamiento desajustado como una enfermedad, lo que está llevando a una peligrosa medicalización de la conducta infantil. A pesar de las dudas que puede sembrar esta diversidad de posturas, Taffel se muestra optimista y lo hace apelando a los recursos que se encuentran a disposición de los profesionales. Y es que, detrás de cada una de esas corrientes, se ha ido generando un importante poso de conocimiento acerca de la difícil tarea de criar y educar a un hijo. En efecto, los especialistas en diversos ámbitos de las ciencias humanas (Psicología, Educación, Trabajo Social...) hemos acumulado un importante bagaje de conocimientos que podemos poner a disposición de las familias a las que atendemos. Podemos sentirnos orgullosos de haber adquirido un conocimiento, fundamentado en visiones científicas, del ser humano. Pero también nos enfrentamos a un imperativo ético, porque este conocimiento conlleva la responsabilidad de ayudar a esas personas que, en su día a día, afrontan una de las tareas centrales de la vida humana: criar a un

¹ Taffel, R. (2005). *Breaking through to teens*. New York: Guilford Press.

hijo. Creo no existe mejor manera de enmarcar este libro que con esta referencia a la existencia de un conocimiento profesional con base científica y a la responsabilidad de utilizarlo para ayudar a padres y madres. Porque esto es precisamente lo que hace esta obra, poner a disposición de los padres y los profesionales unas ideas bien fundamentadas, que permitan a los padres crecer como tales y, con ello, favorecer la salud de sus hijos.

El segundo obstáculo al que se enfrentan los profesionales es el propio escepticismo de algunos colegas. Dedicarse a acompañar a los padres en las dificultades que experimentan al cuidar de sus hijos, esa tarea de los que el autor llama "técnicos de la parentalidad", ha sido visto en algunos ámbitos profesionales con cierto desdén. Ha sido considerado como un trabajo de menor categoría que el realizado en otros ámbitos de intervención profesional más "glamurosos" o sofisticados. Una actitud corta de miras, que olvida cómo algunos de los grandes especialistas en la infancia (como Donald Winnicott o Françoise Dolto) supieron conjugar tres facetas fundamentales en su ser profesional: la consulta clínica, el trabajo teórico-académico y la labor de apoyo directo a los padres en su desempeño como tales. Estos son precisamente los tres ejes que definen la vida profesional de José Serrano Serrano. He tenido la fortuna de acompañarle durante parte de este recorrido profesional, entre la clínica que desarrolla en un servicio de atención a las familias, el trabajo académico como profesor universitario y un compromiso personal que le ha apasionado en los últimos años: las escuelas de padres. En su empeño por crear espacios de apoyo a las familias, uno no puede dejar de encontrar una muestra de compromiso decidido con la prevención, con la intervención comunitaria y con la confianza en los recursos de crecimiento personal.

En este punto es importante incluir una advertencia. Lector, no deje que el estilo cercano del autor le lleve a engaño. El trabajo cotidiano en espacios destinados a la formación de los padres parece haberle dado la capacidad de usar un lenguaje sencillo para transmitir ideas complejas. Pero no confunda la sencillez en la comunicación con la falta de soporte científico. Tras unos conceptos accesibles y ligados a la experiencia cotidiana, existe un firme soporte teórico y metodológico sosteniendo el pensamiento del autor. De hecho, los ojos acostumbrados a lecturas técnicas encontrarán en el texto claros ecos de aportaciones teóricas que nos remiten a una visión científica del ser humano, a un modelo teórico de la familia y sus disfunciones y a una orientación técnica de la intervención

psicológica. Se trata de un bagaje de conocimiento que podremos encontrar expuesto en otras aportaciones más técnicas del autor; pero, aquí, en esta obra, su objetivo parece ser otro, el de invitarnos a una experiencia más emocional y vivencial. Asumiremos su reto.

En efecto, este libro nos ofrece una invitación, porque hace una apuesta arriesgada pero necesaria. En el centro de sus planteamientos sobre la parentalidad surge una concepción de la crianza como una experiencia básicamente emocional y relacional. La educación de un hijo es algo más que la aplicación mecánica de unas prácticas de cuidado. En la crianza de un niño se pone en juego nuestro ser como persona. Todo padre, toda madre, sabe que acceder a la parentalidad trastoca algo más que los horarios y la organización de la vida doméstica. Pone del revés los sentimientos. Aparecen vivencias gozosas y se sufren momentos en que los niños parecen poner a uno contra las cuerdas. Surgen recuerdos y vivencias que nos asaltan y sorprenden; a veces, reconocemos a nuestros propios padres en nosotros, lo que nos sume en el desconcierto o la perplejidad, a lo que puede suceder la resignada aceptación o la rebelión frente a las figuras odiadas del pasado. En medio de esta vorágine, ¿podemos esperar una conducta siempre racional? Y, si abordamos una intervención que busque mejorar la capacidad para criar y educar, ¿podríamos soslayar esas vivencias tan cargadas emocionalmente? El autor tiene claro que no es posible y lo deja patente desde el principio. Con ello se suma a la convicción ya defendida por algunas de las miradas más certeras sobre la infancia, como la de Bruno Bettelheim². Como él, José Serrano percibe la inutilidad de simples explicaciones y consejos para padres que viven dificultades serias en la crianza de los hijos. Tras los obstáculos dolorosos existen razones profundas que apelan a lo más hondo de nuestros sentimientos. Y, para desanudar los bloqueos, resulta necesario un proceso de indagación y de buceo en los propios sentimientos. Un trabajo arduo, a veces doloroso, que, en ocasiones, demanda un acompañamiento profesional, pero potencialmente enriquecedor para el progenitor y para el niño.

Para ser coherentes con esta apelación del autor a la vivencia íntima de los padres, puedo permitirme traer a este prólogo a la persona de José Serrano. En este sentido, he tenido la suerte de conocer a la persona que

² Bettelheim, B. (1988). No hay padres perfectos. Barcelona: Crítica.

sostiene al profesional. Le he disfrutado como compañero y amigo, y he sido testigo de su ser pareja y padre. Y, por ello, puedo afirmar que su trabajo cotidiano, reflejado en este libro, tiene una continuidad con la honestidad y nobleza que le definen como persona.

Finalmente, quisiera hacer referencia a un concepto que, aunque poco mencionado de forma explícita, parece sobrevolar continuamente este libro: inteligencia emocional. Aunque es un término de moda, no se trata de un concepto nuevo. Ya en nuestro Siglo de Oro, Baltasar Gracián³ se refería al carácter y a la inteligencia como "los dos polos para lucir las cualidades; uno sin otro es media buena suerte". ¿Vino viejo en odres nuevos? A ningún conocedor de la naturaleza humana se le ha podido escapar que la madurez personal implica un manejo eficaz de las emociones. Pero en los últimos años hemos profundizado en las bases biológicas de esta verdad, hemos podido sustentarla teóricamente y nos hemos decidido a desarrollar formas de favorecerla. Ser un padre eficaz pasa por desarrollar esa madurez emocional, esa inteligencia en el manejo de los sentimientos. Y apelar a estas ideas no deja de ser producto del espíritu de los tiempos. Vivimos en las ciencias sociales una pequeña revolución en forma de cambio de actitud ante el ser humano. Un cambio que tiene como elemento central el giro, desde lo disfuncional y patológico, a lo sano y lo constructivo; del pesimismo ante el sufrimiento humano, al optimismo del potencial de crecimiento. Bajo el término de Psicología Positiva queda recogida una actitud que orienta nuestra mirada hacia los aspectos ligados al crecimiento y esto nos permite hablar de resiliencia, parentalidad positiva o tantos otros términos que apuntan a la capacidad humana para hacer las cosas mejor. Hoy no podemos mirar las cosas de otra manera. Este libro no lo hace.

El fin de un prólogo es el comienzo de una deseada lectura y, por ello, termino con una recomendación para el viaje que ahora comienza. Lector, aproveche esta jornada para pensar, dudar, reconsiderar y aprender. Pero sobre todo, permítase sentir.

Antonio Galán Rodríguez
Doctor en Psicología. Psicólogo clínico

³ Gracián, B. (1647/2007). *El arte de la prudencia*. Barcelona: Temas de Hoy.